

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

Un centenario

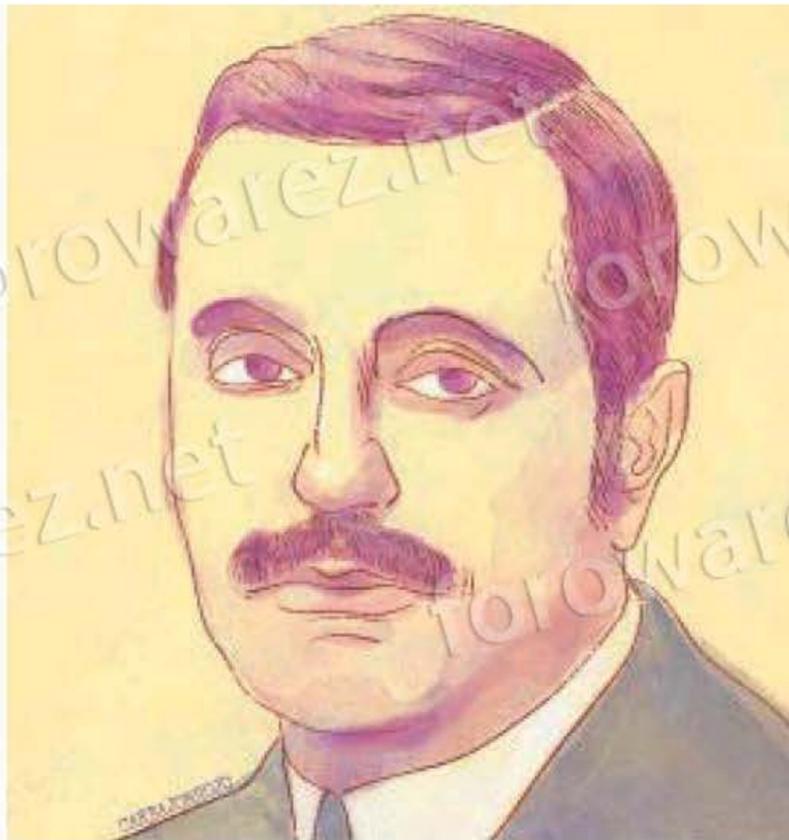
POR JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

«Cuando la historiografía nacional cuente por fin con una biografía en toda regla de Ignacio Bauer, estaremos en condiciones de abordar con la menor acribia exigida por la trascendencia de la Academia de Doctores y la importancia de su creador, el languideciente itinerario que antecedió al auge en que se encuentra una institución clave en el esperanzador desarrollo experimentado hodierno por la cultura española»

EN la andadura novecentista de la cultura española hay dos etapas con singular refulgencia: la del decenio de los felices veinte y la de la 'década prodigiosa'. Ambas se contextualizan en sendos periodos dictatoriales, al desplegarse la primera en el también llamado "Septenio primorriverista", y la segunda en la fase postrera de la dictadura, en la igualmente conocida como tardofranquismo. Tan a primera vista contradictorio fenómeno no ofrece, según es bien sabido, nada de sorprendente. Dejando a un lado la antigüedad augústea, en la que, conforme a la muy autorizada opinión de Séneca de, fases áureas de la marcha de las letras, las artes y las ciencias de las principales naciones del Viejo Continente, parteras por excelencia de las grandes civilizaciones a lo largo de su fecundo caminar por la historia, se englobaron o coincidieron con poderes o reinados altamente autoritarios, a la manera, entre otros, de Felipe II, Isabel I, Luis XIV o Nicolás I. La exuberancia del poder no ahogó, por fortuna, el florecimiento del espíritu creador en todos los planos del saber, con pujanza tal que llegó a provocar el asombro entusiasta de los coetáneos, incluidos sus mismos protagonistas, hombres y mujeres del arte y el pensamiento, siempre propensos a la crítica y distanciamiento de las esferas políticas y gubernamentales.

A un siglo de la primera dictadura militar del siglo XX español, el paso de los días no se decanta en otra cosa que en la revaloración creciente e incesante de las aportaciones por lo común descollantes al entero universo cultural, que en este periodo ensanchó, además, de forma espectacular sus dimensiones y recepción, como lo acreditan el desarrollo sobresaliente y festinado de nuevas formas de comunicación social y de espectáculos de masas, entre ellos, el del balompié, la radio o el cine. El cenit del prestigio e irradiación de los descubrimientos cajalinos, la vitalidad de las vanguardias, la aparición de la 'Revista de Occidente' en julio de 1923, la Generación del 27 o la publicación de la monumental 'La España del Cid', de una figura ya para entonces egregia como D. Ramón Menéndez Pidal, muestran cegadoramente la patencia de un capítulo deslumbrador como pocos en la envidiable y seronda herencia de la cultura occidental.

Venturosamente, en el inicio mismo de tan feliz despliegue se alumbró en Madrid la Real Academia de Doctores de España bajo el impulso de una pasión intelectual incontenible y desbordada por su fundador, Ignacio Bauer, perteneciente a una familia judía de hondo arraigo en la vida política y socioeconómica peninsular desde casi un siglo atrás, cuando desde su Hungría natal se asentaron en ella como agentes supremos de los negocios de la céle-



bre saga de los Rothschild. Pronto vinculados con la monarquía canovista, uno de sus integrantes más activos adunó estrechos lazos con Alfonso XIII, 'hombre de negocios', según el afortunado subtítulo de un estudio historiográfico en verdad esclarecedor debido a la muy documentada y buida pluma del contemporaneista y antiguo hombre público en las filas del PP, el donostiarra Guillermo Gortázar. Sobrenombrado, no sin alguna exactitud, en ocasiones 'El Africano', es innegable el peraltado interés sentido por dicho soberano por todo lo concerniente al pasado y presente del Protectorado marroquí. Tal circunstancia vino a añadir un elemento más a la colaboración establecida entre D. Alfonso e Ignacio Bauer, quien, a su vez, la mantenía muy cerrada con otro africanista de convicción y obra historiográfica: Manuel L. Ortega Pichardo. Desde el mirador de la candente actualidad se observa con creciente paralaje la honda, sincera afeción de los españoles de la primera mitad de la centuria precedente por la historia y destino el territorio del Riff. También en este terreno, la dictadura primo-riverista evidenció una indisimulada atracción por la temática indicada. (Gracias a ella, al correr del tiempo, un veintenio ulterior, muchos judíos centroeuropeos salvaron su existencia del genocidio nazi, al poder atestiguar los diplomáticos franquistas la condición sefardí de no pocos de entre ellos...). En

pleno vigor del régimen antedicho, Ortega e I. Bauer fundaron una mítica institución del libro español e hispanoamericano: la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (la CIAP), ejemplo todavía de buen quehacer en el difícil ramo de la bibliografía en España, en la que los autores catalanes tuvieron un lugar preferente en concierto afinado con los escritores de mayor nombradía en todos los horizontes literarios de la España de los años veinte y de la Iberoamérica de la misma etapa y siguiente. (De insoslayable consulta al respecto son las amenas páginas consagradas en su 'Testimonio y recuerdo'. Reconstrucción por su director de ediciones, D. Pedro Sainz Rodríguez: Barcelona, 1978, pp. 124 y ss.)

No obstante el indiscutible éxito de la CIAP, las secuelas españolas de la crisis bursátil de 1929 afectaron de modo particular a una entidad de sus características europeas más que propiamente hispanas. Intelectual de raza pero también familiar y biográficamente banquero, I. Bauer, malquisto por los prohombres de la Segunda República, dedicó los inicios de los treinta a atender sus empresas extranjeras, con la excepción del diario y arduo trajinar de la Academia de Doctores, muy dañado obviamente en un Régimen como el del 14 de abril, cuya artillería proselitista bombardeaba con frecuencia su misma línea de flotación. Advenido el 18 de Julio y con la firme e inquebrantable adhesión de Bauer y el sionismo español por él acaudillado a

una dictadura que alcanzó una de las cumbres de su travestismo táctico con el doble juego practicado con 'los judíos' -y algo menos con 'los masones'..., la Academia consiguió recuperar un nivel mínimo de normalidad institucional. El largo mandato de un franquista genuino, el ilerdense Eduardo Aunós Pérez -ministro de Trabajo de Primo de Rivera (1925-30), y de Justicia entre marzo de 1943 y julio de 1945-, grisáceo y hasta anodino logró, empero, superar el peligro de extinción que estuvo a punto de ocurrir en más de una ocasión en el caso de la vida de su fundador. Cuando la historiografía nacional cuente por fin con una biografía en toda regla de Ignacio Bauer, quien en esta fase de su accidentada existencia ejerció la docencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, estaremos en condiciones de abordar con la menor acribia exigida por la trascendencia de la Institución y la importancia de su creador el languideciente itinerario que antecedió al auge irrefragable en que desde ha varios decenios se encuentra una Academia clave por su naturaleza, composición y objetivos en el esperanzador desarrollo experimentado hodierno por la cultura española en la vertiente señalada.

José Manuel Cuenca Toribio es miembro de la Real Academia de Doctores de España